



CONSULTORA EXANTE. ECONOMÍA, FINANZAS Y NEGOCIOS
CORPORATIVOS

13 de abril de 2008

PARO AGROPECUARIO APUNTA AL CORAZÓN DEL MODELO K

Por el Lic. Aldo M. Abram, Director Ejecutivo del Centro de Investigaciones de Instituciones y Mercados de Argentina (CIIIMA-ESEADE)

La Sra. Presidente Cristina Fernández de Kirchner, en los discursos en los que se refirió al paro agropecuario y al cacerolazo urbano, interpretó que apuntaban al “corazón del modelo K”. Esto es estrictamente cierto; aunque la mayoría de los que participaron de las protestas no fuesen concientes de ello. La Presidente volvió a acertar cuando dijo que mis colegas, los periodistas y los políticos, que se llenan la boca con la necesidad de redistribuir los ingresos, lo hacen “desde la tribuna” y sin tener en cuenta los costos que hay que pagar para “jugar ese partido”.

Esto plantea la siguiente pregunta, ¿es sustentable la estrategia de redistribución del ingreso de la gestión “kirchnerista”? Pues empieza a demostrarse que no lo es.

Tomemos como ejemplo el mercado ganadero. Las exportaciones de carne en Argentina nunca fueron más del 22% del total producido y en promedio en los últimos 8 años estuvo en cerca de la mitad de ese porcentaje. Por lo tanto, las ventas externas siempre afectaron menos los precios domésticos que la evolución de la demanda doméstica. Por ello, con la crisis de 2000-2002, la disminución del consumo de carne redujo fuertemente los precios en dólares; lo cual incentivó a los ganaderos a pasarse a otras producciones más exportables. Cuando en 2003, la economía se recuperó, la gente empezó a gastar más y esto implicó una suba del precio del “kilo vivo” en Liniers. A partir de inicios de 2004, el sector agropecuario, poco a poco, empezó a volver a la ganadería, reteniendo vientres e invirtiendo en un mayor engorde de los animales.

Desde fines de ese año, el Banco Central decidió incrementar la emisión de pesos para comprar divisas y mantener el “tipo de cambio alto”. Esto incentivó una creciente inflación, que coincidió con el período de recuperación del precio de la carne, y que empezó a castigar nuestro poder adquisitivo. En el segundo trimestre, el gobierno intentó morigerar este impacto a través del control de los precios y las restricciones a la exportación de carne. De esta forma, se instrumentó un proceso de redistribución del ingreso desde el bolsillo de los productores al de los consumidores. En ese entonces, en un artículo publicado en este suplemento (25/06/06), advertí que esto llevaría a una liquidación de vientres y de animales para liberar campos para la siembra de fines de año. Esto mantendría bajo el precio de la carne durante el invierno; pero, desde el cuarto trimestre, la carne empezaría a ser cada vez más escasa, debido a la menor producción. De esta forma, los precios volverían a crecer fuerte durante el verano de 2007, todo lo cual efectivamente ocurrió.

En el segundo trimestre de 2007, lejos de reconocer el error que cometió el año anterior, el gobierno redobló la apuesta en término de mayores controles y restricciones a las ventas externas. En otro artículo (“Carne para hoy, hambre para mañana”) advertí que la historia se repetiría y que, de seguir con estas políticas, terminaríamos teniendo que viajar a Montevideo para comer un churrasco. Hoy vemos que la producción sigue cayendo y los ganaderos, cada vez más castigados, siguen migrando a otras actividades. Esta política es consistente con la afirmación de un funcionario de que, si era por él, mientras se produjera un kilo de carne, sería barata.

Esto no solo sucedió con la carne, podemos repetir la historia con la leche donde, gracias a la “redistribución de riqueza del gobierno”, en dos años, se perdieron casi 8% de los tambos y la producción bajó 13%. Lo mismo podríamos decir de las restricciones y controles sobre el maíz y el trigo, que llevaron a sus productores a buscar otras alternativas menos relacionadas con la canasta básica de los argentinos. Esto demuestra que la “sojización” es responsabilidad de las malas políticas que hicieron más atractiva la rentabilidad de la soja.

Alguien se preguntará que hubiera pasado con los precios si no hubiera existido estos controles, pues lo mismo que paso en otros países vecinos, como Uruguay, Brasil, Chile, etc. que no siguieron las políticas K. Los precios aumentaron; pero la inversión, la producción, el empleo y los ingresos también. Así pueden hoy comer más carne, leche, pan y aceite, exportando más e incrementando la producción de soja. A diferencia de la Argentina, que se come lo que antes exportaba y las vacas que deberían producir la carne y la leche en el futuro.

Otro ejemplo: la escasez de energía. El gobierno cree que las condiciones de prestación de los servicios públicos y sus valores son un instrumento de redistribución de la riqueza. Por ello, la decisión de cuándo, cómo y a quiénes se les brindará y a qué precio, debe quedar en manos de un funcionario que lo decidirá según su parecer. Esto implica que no haya reglas de largo plazo y, por ende, resulta imposible planificar. ¿Quién invertirá un dólar en algo en lo que desconoce el marco que regirá, dentro de tres años o más, cuando esté produciendo? Nadie y esto viene ocurriendo desde que, en 2002, el Estado quebró unilateralmente estas condiciones y los contratos con las compañías y, cinco años después, superada hace tiempo la emergencia, no se han reestablecido.

Sus tarifas han tenido incrementos mínimos; lo que, en gran parte, significó una transferencia de recursos desde sus dueños a los consumidores. Alguien podrá pensar que no hay motivo para pagar más por la electricidad si es que, hasta ahora, se ha podido proveer a los actuales valores. No es así por varios motivos. Primero, porque en este marco y sin reglas de juego claras, generales y de largo plazo, la inversión de las empresas viene siendo mínima y esto limita su capacidad de oferta.

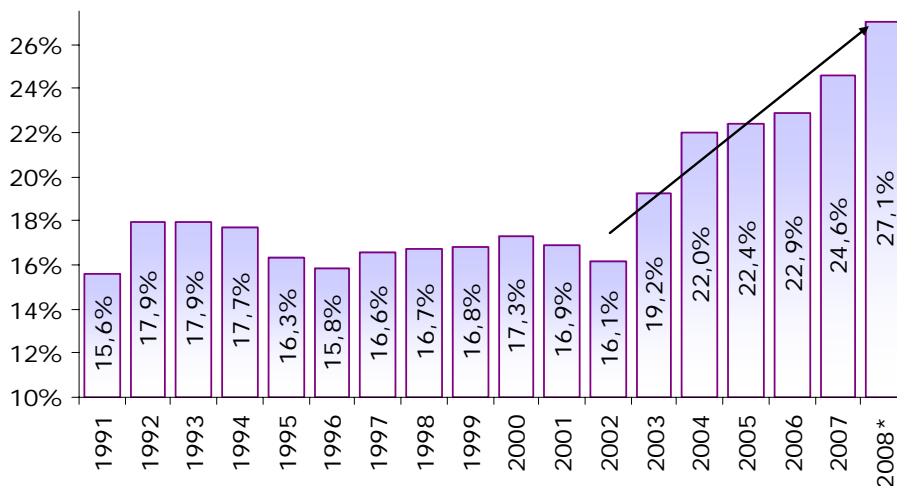
Segundo, porque, como los costos de generación vienen creciendo más que las tarifas promedios que cobran las empresas, el gobierno debe subsidiarlas para que no aumenten sus precios. Esta transferencia fue de \$ 265,5 millones en 2002 y llegó a \$ 8330 millones en 2007. Esto implica que los contribuyentes también han estado pagando lo que no abonan los usuarios de energía. A esto hay que sumarle la necesidad de asignar recursos públicos a inversiones en el sector que podrían hacer, y que en otros tiempos hicieron, las empresas privadas. Como el Estado no cuenta con recursos suficientes ni capacidad gerencial para hacerlo, seguiremos teniendo problemas con la provisión de energía.

Lo anterior implica erogaciones públicas crecientes para mantener el aumento de los subsidios por el congelamiento de los precios del transporte, los alimentos, las tarifas de empresas de servicios públicos, más los costos de reestatización de la obra en infraestructura y, además, para las necesarias subas de gasto en personal, jubilaciones y otras obligaciones del Estado. Para ello, hubo que instrumentar una presión tributaria de niveles récord. El último manotazo en ese sentido fueron las retenciones móviles lanzadas el 11 de marzo que llevaron las retenciones de

la soja a 44%. Para los que hablan de la falta de solidaridad con el modelo del agro, vale recordar que el Estado ya se apropiaba de 35% de esos ingresos y, con el resto, debían pagar los costos y, luego, todos los restantes gravámenes, al igual que el resto de sus conciudadanos. Sin embargo, no se lanzaron al paro hasta este último apretón impositivo. Esto implica que hay un límite, se puede “exprimir” la naranja hasta que se acaba el jugo o hasta que la presión se vuelve inaguantable y la gente grita.

Ya vimos los costos; pero, por lo menos, ¿la distribución del ingreso está mejorando? No, lo cual critican hasta los políticos y economistas del mismo signo que el gobierno. Sin embargo, esto no es raro; ya que se puede demostrar que la mayor parte de los ingresos redistribuidos fueron de gente con buen ingreso a otra con similar nivel de vida o de pobres a otros de mejor situación. En definitiva, la proporción del sector carenciado que se benefició con la redistribución fue mínima. Algunos dirán que las políticas de redistribución K son las que fallan y otros que no se puede redistribuir bien la riqueza, sino alentar su generación y asistir a los más necesitados para que tengan oportunidades de mejorar. Sin embargo, esta discusión quedará para otro artículo.

PRESIÓN TRIBUTARIA



Fuente: EXANTE en base MECON y estimaciones propias